

## Introducción

---

Habitar, festejar y trabajar, estas son las prácticas a través de las cuales los migrantes construyen las complejas rutas del arraigo en nuestras ciudades. Este libro reúne textos que indagan, a través de la observación y la escucha, en estos procesos de construcción –a veces dolorosos y a veces alegres– de las identidades migrantes. Porque sabemos que la construcción de las identidades es siempre relacional, y que nace del diálogo e intercambio que involucra a los *diferentes*, este libro pone su mirada en estos espacios y encuentros de la alteridad. Siguiendo a Frederick Barth, nos preguntamos por las identidades personales y colectivas que se producen a partir de discursos y prácticas que fijan fronteras y distinciones entre un *nosotros* y *los otros*.

En nuestra investigación el análisis de las relaciones y vínculos sociales nos permite dar cuenta de estos procesos de construcción de tramas identitarias y prácticas espacializadas de la población migrante. En esta precaria y siempre móvil pertenencia a las redes locales y transnacionales, las fronteras se modelan, pero también las identidades, las nostalgias y los deseos de sentido de pertenencia.

En el caso de las investigaciones que aquí se presentan, se considera que los movimientos migratorios no solo permiten pensar los profundos procesos de transformación y vulnerabilidad social que con ellos se instalan al interior de nuestras sociedades, sino también la forma en que las identidades se reconstruyen en el contexto chileno a través de la recreación e inventiva de nuevas prácticas culturales.

Desde distintas perspectivas y asumiendo la multidisciplinariedad de los investigadores, nos preguntamos por el tipo de redes y lazos sociales que inmigrantes de origen peruano despliegan en la ciudad de Santiago y por los significados que circulan en las relaciones que establecen en estas nuevas prácticas del habitar, trabajar y, por cierto, festejar, cocinar, orar. La pregunta que guía la escritura de este libro es cómo

contribuyen las trayectorias, redes y prácticas sociales en la configuración de las identidades migrantes. Tal como lo muestran los distintos textos, en contextos migratorios, las redes y conexiones ponen en escena formas de arraigo y desarraigo, de adscripciones múltiples y simultáneas. El proceso migratorio es siempre una suerte de aventura de reinención o recreación en el cual se configuran creativamente orígenes, territorios y relaciones. La experiencia migratoria es siempre una vivencia en un tercer espacio, un *entre* de donde se viene y de donde se está, entre lo que se era y lo que se es. Una suerte de estado liminal como bien grafica la noción de lo transfronterizo.

La migración implica el traspaso de fronteras locales regionales o estatales, y en ese sentido supone una redefinición de los sentidos de pertenencia así como de los espacios que se habitan. La idea de traspasar fronteras posee un evidente componente espacial, y en consecuencia se puede pensar en las migraciones como fenómenos territorializados. Pero también la migración se trata de la redefinición y transgresión de otras fronteras como son las adscripciones a categorías de género, clase o etnia. En este sentido, la migración es siempre un movimiento transfronterizo, impulsando a las poblaciones a una recreación de sus adscripciones de identidad. Y decimos *recreación* no en el sentido de reproducir algo ya existente, sino en el volver a crear, como un ejercicio activo de lo cual emerge lo nuevo.

Coincidimos con Pierre Bourdieu cuando señala que el capital es siempre resultado del trabajo acumulado, bien en forma de materia, bien en forma de tejido social que genera a su vez beneficios materiales y simbólicos. En este sentido, la diversidad de las redes sociales con las que cuenta un migrante están fuertemente vinculadas al mayor o menor conocimiento de diversas culturas. Moverse en una gama más amplia de códigos culturales, puede en estos términos constituir la clave para el acceso a nuevos círculos sociales, a nuevas posibilidades de integración social, pero también a nuevos horizontes identitarios y de adscripción social. En este sentido, explorar la variedad de las redes sociales con las que cuentan los migrantes transnacionales en Chile y el uso que de ellas realizan en distintas esferas de la vida social, es altamente relevante. ¿Cómo, dónde y cuándo los migrantes logran que sus recursos sociales y culturales se transformen en un “capital” y una oportunidad de integración y de desarrollo identitario para sí mismos, sus familias y sus comunidades?

Lo interesante para la experiencia migratoria y de arraigo en una sociedad desconocida, es el hecho que los vínculos sociales son en sí mismos un permanente ejercicio de construcción de confianza y reciprocidad. En un contexto de alta precariedad del mercado laboral, y fuertes xenofobia y discriminación, la construcción de estas confianzas pareciera ser la clave desde donde poder pensarse en la sociedad de acogida.

¿Pero cómo construir estas confianzas en una sociedad hostil al diferente, en una cultura fuertemente desconfiada, segregada y desigual? Desde los relatos y prácticas, se observa que si bien el logro de la confianza posee siempre un soporte cultural en la reciprocidad, lo que parece ser central es el soporte emocional, entendido como el afecto que se siente y se entrega por ser reconocido como un igual en la diferencia. Veremos que este es un trabajo permanente en las trayectorias de los migrantes que aquí cuentan sus vidas. Ya sea a través de la cultura culinaria, de la prolijidad en el trabajo desempeñado, de la devoción y la fe o de la habilidad y competencia en el mercado, los migrantes, hombres y mujeres, logran de alguna forma hacerse de un espacio de afectos y mutuas reciprocidades. Cuando esta confianza comienza a deteriorarse o simplemente no existe en la relación que el migrante establece con la sociedad de acogida, el vínculo no solo pelagra, sino también puede transformarse en una relación de xenofobia y estigmatización que amenaza la posibilidad de integración social.

En los estudios clásicos del antropólogo Marcel Mauss, la reciprocidad, entendida como “la obligación de dar, recibir y devolver”, es la muestra más evidente del sentido de pertenencia a una cultura y a una sociedad. En la experiencia del migrante, dicha reciprocidad constituye ciertamente una tarea día a día. Varios de los relatos de vida muestran que este ejercicio de la reciprocidad no necesariamente se vincula con la posesión de una comunidad de pertenencia. Ella también puede estar vinculada –a veces precariamente– con ejercicios individuales y solitarios. Los protagonistas de estos relatos a menudo son gestores individuales de sus propias aventuras migratorias y procesos de integración social. La precariedad y urgencia de sus vidas pareciera estar a la base de este solitario camino, pero por cierto, muchos ya habían cortado sus lazos sociales desde el momento que decidieron partir de sus propias comunidades.

Sin embargo, también están aquello que hacen de la comunidad de iguales su gran soporte en esta larga y compleja ruta que es integrarse a una sociedad desconocida. Es el caso de los devotos del Señor de los Milagros, quien año a año le gana nuevos espacios a la calle, a la Iglesia y plasma sus colores en una ciudad poco acostumbrada a estas expresiones de fe. Es el caso también de las relaciones de vecindad que se tejen día a día en el convivir del cité o del pasaje. Un mundo de convivialidad, de ajustes cotidianos en el habitar, en el transitar, y sobre todo en el manejo del cuerpo y del salud en ese estrecho y precario mundo de los antiguos barrios de la ciudad. O también, en el caso del mercado, donde el colorido de las frutas y las salsas de sabores desconocidos para los chilenos, seducen y construyen lazos de reciprocidad en la degustación y el saludo entre locatarios y clientes.

En síntesis, si bien sabemos que la confianza, la reciprocidad y el afecto son bases importantes para la construcción de las identidades migratorias, la fragilidad de las relaciones sociales, la desconfianza y la traición son elementos que siempre están presentes en la experiencia del migrante. Las experiencias de discriminación en condiciones de gran precariedad económica, son hechos traumáticos que van mermando el deseo de inserción en la sociedad de acogida. En sociedades poco tolerantes a la diversidad y fuertemente xenofóbicas, construir lazos sociales virtuosos exige siempre de un gran esfuerzo.

## **El buen migrante**

---

El interés y debate en torno a la migración en Chile es relativamente reciente. Si bien es cierto que las poblaciones migrantes han jugado un rol central en la conformación del país y el Estado nacional, la migración en cuanto campo de investigación, en el sentido de un conjunto de argumentos, debates y una comunidad que los anima, adquiere un creciente interés y desarrollo solo en las últimas décadas. Dicho interés tiene un evidente correlato empírico en las nuevas escalas y dimensiones que hoy adquiere el fenómeno migratorio en el contexto chileno. Hay que recordar que históricamente la migración internacional en el país nunca alcanzó la masividad de países vecinos. Por ejemplo, en la primera década de 1900 en Chile solo el 4% de la población se consignaba como

extranjera, mientras que en los mismos años alcanzaba el 17% en Brasil y el 25% en Argentina. Aún ahora, en el 2014, luego de dos décadas de sostenido aumento de población extranjera, esta se estima entre el 4% y 5% de la población total de Chile, siendo comparativamente baja a nivel internacional.

A finales del siglo XIX y principios del XX existieron programas destinados a la atracción de migrantes europeos enmarcados en una fuerte ideología desarrollista y racista, que asociaba modernidad y progreso con el blanco europeo; y atraso y subdesarrollo, con el mestizo e indígena.

La llegada de alemanes, franceses o suizos es vista como una contribución directa al desarrollo de la nación y al mejoramiento de la raza, tal como se muestra en el filme *Si mis campos hablaran* del cineasta José Bohr (1947). En este filme se aborda la colonización de Llanquihue, y en clave épica, la historia de un grupo de familias provenientes de Alemania que arriban a un naciente Puerto Montt en la hermosa y boscosa región sur del país. En la secuencia inicial del filme, la cámara del cineasta recorre cuidadosamente la hermosura natural de bosques y lagos vírgenes, para luego detenerse en la silueta de Vicente Pérez Rosales, agente de colonización del Estado chileno, quien sobre unas rocas en la playa busca con la ayuda de un catalejo, embarcaciones de colonos provenientes de Europa. De súbito, en medio de su impaciencia y expectación, divisa un barco que no está en sus registros. Pérez Rosales y una delegación salen a su encuentro. Una vez que abordan el navío se enteran de que se trata de un conjunto de familias europeas que han decidido embarcarse por su propio interés y fuera de la política oficial de colonización. Pese a este hecho irregular, el agente del Estado muestra regocijo y da la bienvenida en nombre de la nación chilena, a lo que el grupo de viajeros, respondiendo en perfecto castellano, expresa su felicidad y deseo de ser tan chilenos como cualquiera, dispuestos incluso a defender su nueva patria frente a agresiones externas. El cineasta Bohr transforma –a partir de ese inesperado acto– a estos colonos en chilenos, incluso antes de tocar tierra. El mensaje es claro: en la llegada de estos nuevos habitantes se ha eliminado cualquier diferencia que pueda ser conflictiva. Los colonos reemplazan con rapidez su lengua materna y borran sus deberes con su Estado de origen para asumir propiamente los del chileno. Adicionalmente las tierras a las que llegan están “desahabitadas”. Despojados de sus historias personales y

colectivas, su única diferencia, fundamento de su “alteridad”, es su extrema laboriosidad.

Este filme fija de forma clara el ideal del “buen migrante” en la narrativa de la construcción del Estado-nación chileno. Blanco, laborioso, educado, dispuesto a asumir sin condiciones los valores de su nueva patria, agentes que aportan a una modernización eurocéntrica y fuera de cualquier campo de conflicto con la población residente (llegan, finalmente, a una tierra “desahabitada”). Ciertamente, el imaginario en torno a la migración alemana de la segunda mitad del siglo XX ha dado el código para construir al extranjero deseado, prevaleciendo sin mayores cuestionamientos hasta tiempos recientes. Es claro que la película no tiene obligación de representar fidedignamente el espíritu de una situación o evento histórico; su importancia como referencia radica –en el sentido que propone Slavoj Žižek para analizar cine– en que “nos enseña a desear” qué tipo de extranjeros deberían arribar.

Durante la segunda mitad del siglo XX, sin embargo, la lectura cambia radicalmente. En tiempos de dictadura, la emigración y el exilio no solo son estigmatizados por los organismos estatales y la derecha política de la época; también se instala la idea de los inmigrantes como potenciales subversivos y amenazas al orden nacional. Más recientemente, a partir de los años noventa y con el retorno de la democracia, el país comienza a experimentar nuevos movimientos de población, caracterizados por el incremento de migrantes de origen latinoamericano, primero peruanos, y luego ecuatorianos, bolivianos, colombianos, entre otros. Con ellos comienza a gestarse una nueva forma de entender la migración, ya no como una amenaza política, sino como un problema social. En términos de los imaginarios en torno al fenómeno mismo, es claro que en Chile se ha producido un quiebre en la forma en que socialmente es tematizada la migración. Si a comienzos del siglo XX este imaginario hablaba de colonización y no de migración, a inicios del siglo XXI los migrantes se invisibilizan, negándoseles una narrativa o reconocimiento como colectivo. Efectivamente, la situación actual se distancia largamente de lo que fue esta migración “deseada”. No solo por el origen de las nuevas poblaciones, sino porque en su arribo no hay una política ni Estado que la sustente de forma abierta. Chile carece actualmente incluso de Ley migratoria. En este contexto es la capacidad de agencia de las personas, sus tácticas y justamente sus capitales,

los que permitirán no sin un gran esfuerzo y costos personales, llevar adelante sus proyectos de vida. Mientras algunos podrán incrementar de forma efectiva sus condiciones de vida, para otros sin embargo, la migración se transforma en nuevas formas de vulnerabilidad y subordinación que reproducen en otra escala y otro contexto, las condiciones que motivaron la salida del lugar de origen. Es lo que algunos autores plantean como la *migración de sobrevivencia*.

Aún así, se reconoce que las migraciones actuales impactan en la construcción del Estado-nación, pero también en la noción de ciudadanía, de género, de desarrollo urbano o de desarrollo económico. Es el caso de los procesos de feminización sufridos por ciertas nacionalidades; o las maternidades transnacionales y cadenas de cuidado; el uso y construcción de espacios públicos y privados; los nuevos dilemas de la salud transcultural, entre otros.

Si bien parte importante de los movimientos migratorios se producen entre países vecinos y en desarrollo (sur/sur), el análisis en torno al impacto que estos tienen en las sociedades de destino tiende a reproducir la lógica sur-norte como marco interpretativo. De ahí la necesidad de comprender las especificidades cuando la migración se produce hacia destinos que no tienen diferencias económicas y de desarrollo, de lengua e historia política tan profundas como lo que ocurre tradicionalmente con los movimientos desde el sur y con destino al norte. Buena parte de los estudios de migraciones suelen aplicar modelos basados en la relación norte-sur para abordar problemas de investigación tales como la xenofobia, integración, multiculturalismo, codesarrollo, remesas o "fuga de cerebros". Esta situación puede adjudicarse, por cierto, a una carencia de investigación y, por sobre todo, de teorización desde el propio sur para generar lecturas autónomas de fenómenos locales. La cuestión de la hegemonía científica también se expresa en las tramas de prejuicios y mecanismos de reproducción a que los investigadores pueden estar circunscritos.

### *Presencia peruana en Santiago*

La Región Metropolitana de Santiago concentra la mayor residencia de migrantes en Chile. Es en las grandes ciudades donde se abren oportunidades y se generan las redes que proveen recursos necesarios para la

inserción, en una primera etapa, en las sociedades de acogida. Por ello, no es de extrañar que la presencia migrante en centros metropolitanos sea un fenómeno extendido en el contexto de las migraciones transnacionales actuales.

Desde el punto de vista territorial, la ciudad ha sido considerada el lugar en el cual se producen los cambios y las transformaciones que afectan a nuestras sociedades, así como el espacio privilegiado de configuración y manifestación del conflicto social y de las identidades de los sujetos de ese conflicto. Tempranamente se ha comprendido la ciudad contemporánea como territorio de diferenciaciones, expresado en forma de segregación espacial, de discriminación o de mestizaje. Las reflexiones sobre estos encuentros entre *diferentes* han sido fundamentales para definir el carácter sociocultural de la ciudad moderna, tal como se atestigua en los debates desarrollados desde Georg Simmel pasando por la Escuela de Sociología de Chicago, hasta las miradas críticas de investigadores actuales como David Harvey y Ulf Hannerz.

La concentración de migrantes, especialmente de origen peruano, en áreas centrales de Santiago ha visibilizado la migración como fenómeno social y urbano. La emergencia de negocios vinculados a la migración en el centro de Santiago ha despertado en políticos conservadores y un segmento de la prensa un sentimiento de temor, que ve en la migración peruana una cierta amenaza a la *chilenidad*, expresada en la afirmación de la supuesta emergencia de una *Nueva Lima* en el entorno de la Plaza de Armas de Santiago. Más allá del sesgo nacionalista de una expresión de este tipo, se evidencian las tensiones que emergen de un proceso que en un tiempo relativamente corto ha transformado el espacio de la ciudad. La desigualdad en el ingreso y las prácticas discriminatorias en el mercado de vivienda conducen a la concentración de minorías étnicas en determinadas zonas urbanas al interior de las áreas metropolitanas. Por otro lado, la reacción defensiva y la especificidad cultural refuerzan el patrón de segregación espacial, en la medida en que cada grupo étnico tiende a utilizar su concentración en barrios como forma de protección, ayuda mutua y afirmación de su especificidad.

El centro de Santiago ha experimentado un sostenido proceso de desdoblamiento desde mitad del siglo pasado, momento en que la clase alta de la capital había decidido migrar hacia barrios cordilleranos dejando tras de sí casonas, palacios y villas reutilizadas como viviendas,

talleres y comercios diversos. Hasta ese momento el centro de Santiago había sido un espacio diverso; no solo su diversa arquitectura así lo testimonia, sino la literatura chilena lo ha registrado como un territorio de encuentros de tradiciones campesinas y urbanas, de habitantes humildes y aristocráticos. Desde mediados del siglo XX, sin embargo, el centro histórico de la metrópoli ya no presenta esa diversidad del siglo pasado, pero el mestizaje y la presencia migrante permiten definirlo como un espacio urbano culturalmente heterogéneo. En él es posible encontrar arriendos de bajo costo, acceso a servicios y la mejor conectividad posible de la ciudad. Son justamente estos recursos apropiados por la población migrante los que impulsarán una revitalización en vastas áreas del centro de la ciudad; en efecto, el centro de Santiago vuelve a *tener vida* gracias a los migrantes.

Varios de los textos reunidos en el presente volumen realizan un ejercicio de espacialización de los discursos y prácticas migrantes. En efecto, la migración como una experiencia espacial y de procesos de territorialización, es lo que permite también que nazcan nuevos barrios, nuevos espacios públicos en nuestras ciudades y con ello se recupere la vocación de la heterogeneidad y la diversidad propia a la condición urbana.

### *Leer el libro*

El libro se organiza en tres partes. Todas ellas toman como referencias relatos de vida de migrantes y trabajo etnográfico. En la primera parte del libro, "Identidad y arraigo", tres textos abordan el complejo proceso de construcción de las identidades migratorias, entendidas como un proceso de constante tensión y trabajo de sí mismas, entre la lejanía y la cercanía a la sociedad de acogida. En "Un recorrido por el trabajo, la familia y las redes sociales", de Carolina Stefoni y Macarena Bonhomme, se advierte que la experiencia de vida identitaria de los migrantes nos enseña que más que mundos excluyentes y polarizados (aquí o allá), la vida cotidiana se va construyendo a través de anclajes multisituados y transfronterizos, que van dando forma a un estar simultáneo "en el aquí y en el allá". En el capítulo "Migración y desarraigo", de Francisca Márquez y Juan José Correa, se profundiza en la experiencia del des-arraigo como una posibilidad de fortalecimiento de los lazos sociales de los sujetos

migrantes, pero a su vez de construcción siempre inacabada, de una identidad más abierta y flexible a la diferencia y la diversidad cultural. Experiencia que obliga a moverse en los delicados intersticios de una cultura que se desconoce, pero que se intuye adversa a la condición de mestizo andino y por cierto, de vecino fronterizo, históricamente adversario. Y finalmente en “Prácticas barriales en un espacio multicultural”, de Tamara Vicencio, el trabajo etnográfico aborda la relación entre la espacialidad y la identidad de los habitantes de un pequeño cité de Santiago. Siguiendo la tradición etnográfica urbana de establecer una unidad de observación situada, el texto observa los procesos de apropiación y significación de este espacio como lugar de convivialidad, conflicto y también de ajuste y seducción en el habitar entre migrantes y chilenos.

En la segunda parte del libro, titulada “Cocinar y festejar”, cuatro textos caracterizan la relación cotidiana y festiva del migrante con la sociedad de acogida. En “Comer lo peruano”, de Walter Imilan y Ana Millaleo, se muestra cómo la gastronomía ha devenido en una poderosa fuente para la construcción de redes y sentidos de pertenencia para los migrantes peruanos en Santiago. La migración gastronómica, productos y prácticas culinarias que acompañan el movimiento de personas, no solo pueden llegar a ser un recurso importante de inserción económica para la población migrante, sino que son también, y de forma significativa, un recurso para la construcción de identidades. En el segundo capítulo, “Comida peruana en Arica. Experiencias transnacionales en la frontera”, Carolina Altamirano logra a través de un trabajo etnográfico, caracterizar la comida como una manifestación práctica del transnacionalismo y de la economía global, ícono cultural de los migrantes. Se muestra cómo, en torno a este recurso, se entreteje una pluralidad de flujos que van dando forma a un particular tipo de espacio social transnacional. Esta espacialidad, de carácter plurilocal, amplía los límites de acción y multiplica los lugares geográficos en y desde los cuales se desarrolla la vida de los migrantes. En una línea similar, el capítulo “Inmigrantes en el Mercado de la Vega Central. Santiago de Chile” de Felipe Godoy, muestra cómo el Mercado de la Vega sigue siendo el lugar de los desplazados, característica esta que, paradójicamente, constituye su fortaleza. Allí, el inmigrante puede encontrar una salvaguarda frente a la discriminación y la pobreza, pero también aporta, en su revitalización con su trabajo, con colores, sabores y nuevos paisajes sonoros. El

Mercado ofrece oportunidades que difícilmente se encontrarán en otros espacios de la ciudad; las redes de chilenos aportan aquí seguridad al inmigrante, orientación y saber-hacer. Estos dos últimos relatos etnográficos, uno observando Arica y el otro Santiago, se complementan en el sentido de una práctica etnográfica que trabaja sobre un fenómeno que se encuentra multisituado, integrando espacios a través de la circulación de productos y personas. Finalmente, en “El Señor de los Milagros. Rito y festividad religiosa entre migrantes peruanos” de Valentina Chávez, a través de la etnografía, la autora se introduce en el mundo del rito y las festividades religiosas que inmigrantes peruanos reproducen y resignifican en la ciudad de Santiago. Desde los tiempos de *The Kalela Dance* la etnografía de performance ha sido de valiosa utilidad para comprender las interacciones, principios de clasificación y jerarquías que se producen en la ciudad en un tiempo y en un espacio específicos. La procesión del Señor de los Milagros significa no solo reterritorializar la fe en un país distinto, sino también una manera de traer a una tierra ajena, un pedazo del país natal a través de la religiosidad. El Señor de los Milagros es también un modo que tienen los migrantes de reunirse y aunarse a partir de la fe y la devoción, creando redes sociales y comunitarias.

Como podrá observarse, tanto la primera como segunda parte de este libro se sustentan de manera importante en la observación etnográfica de las prácticas sociales de migrantes. La descripción etnográfica (que significa la escritura de las culturas), no consiste solamente en ver, sino también en “hacer ver” o relatar aquello que hemos visto. En estos términos, el enfoque etnográfico supone la elaboración de una representación coherente de lo que piensa y dice el *otro*, el migrante. En estos términos, las etnografías que aquí se presentan no solo reportan el objeto empírico de investigación –la cultura y prácticas de los migrantes– sino que constituyen la interpretación-descripción sobre lo que el investigador observó y escuchó. Una interpretación problematizada acerca de la realidad de la acción humana.

La etnografía, comprendida como observación directa u observación participante de las prácticas sociales, posibilita la familiaridad con los grupos que se busca conocer mediante el compartir su existencia. Esta actitud de aprender de una cultura extraña, asemeja en cierto sentido al etnógrafo y al migrante que se extraña frente a la nueva sociedad que lo acoge. De allí que la observación participante, al igual que los

relatos de vida, sean enfoques tan pertinentes para la comprensión de la alteridad en contextos de desarraigo y extrañeza cultural.

Estas etnografías son una clara expresión de que el conocimiento antropológico de nuestra cultura pasa irremediablemente por el conocimiento de las *otras culturas* y nos conduce a reconocer que somos una cultura posible entre muchas otras, pero jamás la única. Esta revolución epistemológica, que implica un descentramiento radical, una ruptura con la idea que existe un centro del mundo, no es posible sino a partir de la transformación de la mirada. Esta experiencia, que consiste en sorprenderse de aquello que nos es familiar y de hacer más familiar aquello que nos parece extraño y extranjero, es la experiencia misma de la etnografía o del trabajo de terreno. Pero sobre todo, es la experiencia que hace de todo migrante y extranjero, también un etnógrafo.

La última y tercera parte del libro, "Contar la vida", finaliza con siete historias de migrantes, relatadas por sus propios protagonistas. Estos relatos de vida nos permiten dar cuenta de cómo se construye en el tiempo la percepción de la experiencia migratoria. Experiencia que no se comprende solo como una categoría objetiva y medible, de movimiento y traslado de personas y familias, sino también como experiencia que toma forma desde la subjetividad de cada individuo. Los relatos de vida que presentamos permiten que quien relata recomponga, a partir de sus propios recuerdos, las trayectorias y procesos vitales más significativos de su vida. En esta búsqueda por comprender la dinámica de los hechos sociales y los vínculos de la sociabilidad, el relato de vida aporta una mirada a través del tiempo. A partir de la narración de la propia vida, la experiencia del migrante logra hacerse visible. Por ejemplo, las experiencias de arraigo y desarraigo; la reproducción de valores y costumbres extrañas a las sociedades de acogida; la transmisión de saberes y oficios que se traen desde la propia comunidad de origen; las trayectorias de rupturas y separaciones familiares; las tensiones identitarias de quienes con dolor ven crecer a sus hijos lejos de las raíces propias.

Los relatos que aquí se presentan no pretenden tener una representación estadística. Su validez y representatividad se juegan en la capacidad de mostrar los significados que el narrador otorga a su propia vida y los procesos mediante los cuales se construye y consolida una sociedad más diversa y heterogénea en Chile. A través de la lectura de estas narraciones pudimos conocer, por ejemplo, cómo los migrantes

resuelven el sentimiento de desarraigo y soledad, rearmando sus redes sociales en el país que a menudo los observa con recelo. Conocimos también cómo las familias resguardan y preservan, a pesar de la distancia, hasta sus gestos más cotidianos y amorosos, en un ejercicio a veces desesperado, por mantener vivo su proyecto familiar. Pudimos escuchar cómo las redes se amarran y desamarran en pos de lograr una mejor calidad de vida e integración en la sociedad que no siempre los acoge con amabilidad. Conocimos también las transformaciones que sufren las familias que llegan a Chile y comienzan a tener mayores ingresos y nuevas pautas de vida. En síntesis, los relatos de vida nos permitieron comprender los significados que la experiencia de la migración tiene para quienes la viven, pero también observar algunas de las transformaciones sociales que ocurren en nuestro país, producto de la presencia de nuevas culturas.

La opción de presentar textualmente múltiples historias de hombres y mujeres tiene también como propósito romper con la mirada única en que tiende a ubicarse cada uno de los relatores. Con ello se da lugar a la pluralidad de perspectivas que coexisten y a menudo compiten al interior de nuestra sociedad. Más que un agregado de historias, el conjunto busca facilitarnos una perspectiva comprensiva de la experiencia migratoria como fenómeno que se teje desde las subjetividades. En ciertos casos, el dolor y la incompreensión nacen justamente de esta confrontación de puntos de vista incompatibles. De este modo los relatos de vida rompen con la mirada estigmatizada de los sondeos de opinión y las grandes encuestas, abriendo una puerta a quienes, a veces fijados en el estigma y la discriminación, permanecen en silencio.

En esta investigación se reconstruyen siete relatos de vida; estos forman la base empírica desde donde se realiza luego el análisis comprensivo de estas experiencias vitales. La configuración del conjunto busca capturar la diversidad de experiencias migrantes más que focalizarse en una determinada experiencia. Con este fin, se privilegia la selección de los migrantes en función del tiempo de permanencia en Chile. El límite temporal, entendido como el tiempo que los migrantes llevan residiendo en el país, se fija en cinco años. Partimos de la hipótesis que los primeros cinco años son un tiempo de instalación, de articulación de redes que con el devenir van complejizándose y logrando mayor estructuración. Dentro de los primeros cinco años es habitual

que se alternen residencias en diferentes ciudades, tanto en Chile como eventuales regresos a Perú. Varios relatos muestran justamente que la itinerancia entre lugares es parte de esta experiencia migratoria.

En esta primera etapa de instalación e integración a la sociedad de acogida, se puede observar que todos los entrevistados tuvieron su primera residencia en el centro de Santiago, para luego desplazarse hacia diferentes puntos de la ciudad. Esto es coherente con la idea de que el centro de la ciudad opera como territorio de recepción y que en la medida que los migrantes van incrementando su capital social, las decisiones de residencia se tornan heterogéneas; de esta manera se ocupan comunas centrales o periféricas, y barrios populares o de clases medias.

Una tercera variable que se considera para la selección de los entrevistados es la configuración familiar. La llamada “familia global”, la multiforme experiencia de lo familiar en la era de la movilidad global, se expresa en cada uno de los proyectos de migración. Desde aventuras solitarias que encuentran en Chile a sus parejas, connacionales o chilenos, pasando por reunificaciones familiares luego de años de espera, o de permanencia solitaria con la familia en los lugares de origen. Lo familiar, con sus encuentros y desencuentros, sus territorialidades diversas, sus tensiones en la configuración de roles, configuran un espacio transnacional de lo afectivo encapsulado en lo privado y significando profundamente los proyectos de vida. Podríamos decir que si bien la decisión de migrar está impulsada por expectativas económicas, las trayectorias posteriores se definen en gran medida por consideraciones afectivas.

Una última variable en la elección de los entrevistados es su ingreso económico. Más que establecer un vínculo entre éxito económico y articulación de capital social, nos interesa explorar en las estrategias de distinción al interior de la migración peruana. Esto es, en el sentido de Pierre Bourdieu, cómo los ingresos económicos se expresan en prácticas cotidianas de diferenciación, tanto en cuanto a su adscripción a un colectivo nacional, como al interior de este.

Estas variables –migrantes que han superado la etapa de instalación, diversidad de configuraciones familiares y de ingresos económicos–, junto a un equilibrio de género, permiten construir un conjunto de casos de estudio y relatos de vida al interior de la ciudad de Santiago. Cada uno de ellos ilumina una dimensión específica de las experiencias

migrantes. Los casos de Juan, Sharon y Willy nos hablan de jóvenes que han emprendido la aventura de la migración con expectativas abiertas a un futuro de integración en Chile. Mientras uno logra reunirse con su pareja para reiniciar una vida juntos en el país de acogida, el otro construye hábilmente estrategias para hacerse de espacios de sociabilidad y resolver la distancia con las afectividades dejadas en la selva peruana. Delsy, en cambio, enfermera universitaria, hace de Santiago su primer destino y aquí encuentra las puertas abiertas por ex compañeras universitarias que habían migrado poco antes. Su historia representa el desarrollo de una red migratoria que facilita la creación de nuevos espacios sociales de integración en la sociedad de acogida. Giovanna, en cambio, encontró prontamente el amor y las posibilidades de formar una familia. Hoy reside en un conjunto habitacional de trabajadores de la construcción, donde su origen de migrante peruana apenas es tema de conversación, ni siquiera para sus hijos. Eric, por su parte, emprendedor de la construcción y de fuertes principios morales, se valdrá de todas sus habilidades y de su esfuerzo para crear las redes sociales que le permitan alcanzar el éxito económico soñado. Finalmente, Teresa, mujer emprendedora, quien luego de un comienzo difícil, empuja todos los días con tesón su cocinería en el centro de la ciudad.

Finalmente, habría que señalar que para el que narra, los relatos de vida abren siempre la posibilidad de mostrarse y levantarse como protagonista central de una historia que es la suya. En este sentido, narrar la propia historia es también una oportunidad para relativizar el peso de las determinantes estructurales en el destino de sus vidas. Contar la propia historia permite devolver su protagonismo al sujeto. Y por ello no es de extrañar que en el relato de vida reconozcamos la proyección de lo que siempre se quiso llegar a ser. El relato de vida aborda la vivencia singular de lo social; aprehende al sujeto en su quehacer cotidiano y en la manera que negocia sus condiciones sociales y culturales. Investigar desde la subjetividad, desde lo singular, plantea el paso desde el espacio del individuo singular a la expresión colectiva de un fenómeno social. De aquí se deriva una de las consecuencias epistemológicas más importantes de la aproximación del relato de vida: el desafío de vincular la historia de vida, que es por esencia un abordaje de lo singular, con la construcción social. En otros términos, es el paso de la comprensión de las identidades individuales y fragmentadas

a las identidades colectivas y socialmente construidas. La migración, como experiencia vital y social, no puede ser aprehendida en su complejidad si no se integra la manera en que los individuos la viven y se la representan. En los relatos aquí presentados no solo reconocemos los deseos y angustias de quienes relatan y sus dinámicas existenciales en tanto migrantes, sino también el colectivo y el *nosotros* que se construye en contextos sociales extraños.

LOS EDITORES